

Servidumbre

La criada camina erguida, casi una niña de mejillas frescas y brazos fuertes, cargada con las bolsas de rejilla rebosantes de verduras que le encargan comprar los sábados en el mercado. La mañana otoñal ha salido ventosa, esqueletos de paraguas desbordan las papeleras, hojas pardas ablandan el suelo. Ante la librería de la Plaza Mayor, la criada se detiene, suelta la compra, se cubre la boca y llora. Tres impactos secos golpean su caja torácica.

Primero: el orgullo.

La criada vanidosa infla sus plumas como un pavo real ante el escaparate.

Segundo: la incomprensión.

La criada no ha compartido jamás con nadie sus escritos, los mismos que bailan ante sus ojos expuestos sobre un atril, impresos en tinta negra en papel de buena calidad.

Tercero: la derrota.

La criada lee, desenfocado, el nombre del amo, amor, amante, autor que, estampado en la cubierta de los ejemplares apilados, refulge, todavía caliente sobre la piel tierna.

La criada mira al suelo, recoge la cebolla que ha salido rodando hasta quedar atorada en una alcantarilla, carga las bolsas y vuelve al trabajo, encogida, el viento se le ha metido por los oídos, por los ojos y le zumba por dentro como un enjambre de abejas.